

ESTRATEGIAS DISCURSIVAS EN EL ENSAYO DE SALVADOR BRAU

Los primeros números de la *Revista Puertorriqueña*, que dirigía Manuel Fernández Juncos, constituyen el escenario donde dialogan tres estudiosos de la realidad puertorriqueña: Salvador Brau, Agustín Stahl y Francisco del Valle Atilés. En el número inaugural de 1887, los tres coinciden en presentar ante la consideración pública a sectores tradicionalmente marginados en Puerto Rico: Francisco del Valle Atilés estudia "El campesino puertorriqueño", Brau ficcionaliza dos ensayos anteriores "Las clases jornaleras de Puerto Rico" y "La campesina" en su novela *¿Pecadora?* y Agustín Stahl se ocupa de "El origen de los indios puertorriqueños". En 1888, Brau comienza a publicar en la *Revista* la primer versión de *Puerto Rico y su Historia*.

Aunque la obra de estos tres autores es fundacional nos concentraremos en la práctica ensayística de Brau y sólo mencionaremos a Stahl y del Valle Atilés para señalar la convergencias de puntos de vista.

Nuestro objeto principal se bifurca en dos direcciones: encontrar la respuesta estética que Brau dio a los problemas del mundo en que le correspondió vivir y rescatar su aportación a la incipiente imagen del puertorriqueño.

La concepción de lo literario que sostiene este trabajo será lo suficientemente amplia para permitirnos examinar la producción escrita en el siglo XIX sin ceñirla a la concepción crítico-canónica europea. De ahí que consideraremos como literatura todo aquel material escrito que manifieste una elaboración y manejo técnico deliberado que, al separarse del nivel de lo impremeditado, si es que a alguna práctica humana puede aplicársele tal calificativo, incluya entre otros fines una preocupación estética.

El segundo concepto por definir es el del ensayo. No cuestionaremos el origen europeo del género, pero sí insistiremos en que la práctica americana implica una adaptación a nuestras necesidades particulares. En Puerto Rico, como ha señalado Mariana Robles de Cardona,¹ el ensayo usurpa el campo de otros géneros, por lo que cualquier investigación sobre el género tiene que extenderse no sólo a la prosa expositiva sino también a la narrativa. Tomando esto en cuenta, la definición de la cual partimos considerará como ensayo aquellos segmentos de prosa expositiva en

1. Mariana Robles de Cardona, *Búsqueda y plasmación de nuestra personalidad. Antología crítica del ensayo puertorriqueño desde sus orígenes hasta la Generación del 30*, Puerto Rico, Edit. Club de la Prensa, 1958.

que el emisor intente imponer su particular visión crítica sobre algún aspecto del mundo que lo rodea utilizando recursos retóricos entre los cuales incluimos la ficcionalización, la reestructuración y la selección connotativa de los materiales en contraposición a la mera transcripción de una argumentación impuesta por el referente mismo. Es decir, consideraremos producción literaria todo aquello que implique la utilización de recursos lingüísticos que le proporcionen al emisor la oportunidad de construir verbalmente una articulación verosímil o inverosímil, pero que, por su coherencia, pueda presentarse como una figuración de lo real objetivo o de lo subjetivo.

Estos son los marcos de referencia que utilizaremos para leer, desde el punto de vista sociológico, los artículos periodísticos, memorias y escritos sociológicos de Brau como ensayos. De hecho, ya Fernández Méndez había detectado y traducido desde su punto de vista sociológico esta literaturización:

Brau no emprende intento alguno de sistematización a lo Comte, Spencer o Durkheim. Tampoco utiliza sistemáticamente en su análisis histórico las categorías universales: clases sociales, castas, culturas, sociedades, que van creando los sociólogos. No obstante, no falta del todo en el conjunto de su obra el intento de fundir historia y ciencia de la sociedad en una concepción filosófica —genético-histórica— de la vida social.²

En el plano del referente Brau recorre en sus textos las cuatro direcciones en que Robles de Cardona ve encaminarse el ensayo puertorriqueño. El primer camino, el del planteamiento de nuestro destino, lo vemos en "La tacha" y "La política y sus fases". El señalamiento de características definitorias de nuestra personalidad se encuentra en "Así somos nosotros", "La campesina" y "Las clases jornaleras de Puerto Rico". El enjuiciamiento de nuestra cultura se realiza en "La herencia devota" y "La danza". El último camino, que no comentaremos directamente, es el de la exposición erudita que Brau realiza, entre otros trabajos, en *Puerto Rico y su Historia* y *La historia de Puerto Rico*.

Una primera lectura de los textos revela de inmediato las contradicciones de una conciencia angustiosamente escindida entre la lealtad a la tradición de sus padres españoles (el deber) y la realidad empírica de la situación colonial (el ser) que la formación liberal-reformista de Brau le impulsa a criticar. Inmerso en la situación de dependencia colonial, Brau opta por la transacción, estrategia que al ser canalizada por su liberalismo reformista, se limita a pedir reformas en la relación de dependencia y que no intenta abolirla por completo, camino por el que sí optará el sector separatista.

Otro aspecto que conviene subrayar es que, aunque Brau participó en las luchas partidistas de su tiempo, él era fundamentalmente un hombre de letras, en su doble

2. Eugenio Fernández Méndez, "Introducción" *Disquisiciones sociológicas*, de Salvador Brau, p. 110.

vertiente de periodista y escritor, de ahí que prefiera como campo de acción la confrontación de discursos, de voces. Al respecto, el título *Ecos de la batalla* del libro donde recoge sus artículos periodísticos, muestra el espacio en el cual prefiere desplazarse: no en la batalla, sino en sus ecos, en sus reverberaciones o reproducción verbal.

Brau lleva su batalla desde la palabra a todos los frentes: como historiador, periodista y literato. Como historiador proclama que su discurso "anhela descubrir la verdad histórica" y "venir en conocimiento de los accidentes que dieron vida fundamental a la colonia portorricense" que, además, desvanecerá "errores tradicionales" ofreciendo "nuevos puntos de vista para el estudio de nuestra sociedad" y comprobará "el antiguo linaje de las características peculiares de nuestra idiosincracia individual o colectiva".³ Desvanecer errores y ofrecer nuevos puntos de vista es la forma que Brau utiliza para designar lo que hoy se cataloga como la actitud crítica del ensayo, actitud que exige utilizar estrategias discursivas que validen las interpretaciones, la traducción, la lectura del emisor como la correcta, frente a otras lecturas o interpretaciones de la realidad que se intentan *invalidar o sustituir*. De hecho, *Puerto Rico y su historia* es un delirante ejercicio de refutación en que Brau nos sumerge en un barroco contrapunto que impugna a la mayoría de los escritores españoles que se ocuparon de algún aspecto de la historia de Puerto Rico y acepta tan sólo la interpretación de José Julián Acosta y la de sus coetáneos Coll y Toste, Stahl y del Valle Avilés.

Si proseguimos la vía de acceso del contexto socio-histórico del cual hemos partido, añadiremos una clave adicional para caracterizar la práctica ensayística de Brau. Fernández Méndez lo ubica dentro de lo que él denomina como "generación del triunfo autonomista (1897) y de la guerra hispanoamericana (1898)",⁴ época que Manrique Cabrera designa como del "tránsito y del trauma"⁵ y de la cual deduce Angel G. Quintero una actitud que él califica como "posibilismo (no exigir lo aspirado sino luchar —o negociar lo posible)".⁶ Aceptada esta contextualización, es coherente que Brau en su práctica literaria rehuya la confrontación que no buscó en su práctica política. De ahí que el acercamiento oblicuo, sesgado, sea la estrategia predominante en su discurso ensayístico.

Del arsenal argumentativo y retórico que los polemistas tienen a su disposición, Brau utiliza como principio constructivo predominante la metáfora del juicio, práctica privilegiada por el sector liberal al que Brau pertenece. Como resultado de esto en la mayoría de sus escritos las posiciones se reparten en la siguiente forma: al poder metropolitano le asigna el papel de juez, destinatario o lector; las masas irredentas —proletarios, jornaleros, campesinos— son los acusados, y la clase con que

3. Salvador Brau, *Puerto Rico y su historia*, p. 29.

4. Eugenio Fernández Méndez, *Op. cit.*, pág. 13.

5. Manrique Cabrera, *Historia de la literatura puertorriqueña*, p. 156-160.

6. Angel G. Quintero, *Conflictos de clase y política en Puerto Rico*, p. 28-29.

se lucha —propietarios, capitanes generales, clero— es el fiscal al que se enfrentará el liberal autoproclamándose abogado defensor.

Esta estructura cumple funciones múltiples. La primera es legitimar y reconocer la autoridad del opresor, del padre; la segunda es desconocer la opresión que se sufre, desplazándola o transfiriéndola a otro objeto, mecanismo de defensa que le permite, por otra parte, asimilarse al opresor y negar la humillación de su opresión. Una tercera función es desprestigiar a la clase que el liberal aspira sustituir con su discurso. Aunque esta estructura es visible en varios textos de Brau nos limitaremos a comentar algunos de ellos.

En cuanto a la organización del trabajo, agruparemos los ensayos seleccionados en dos categorías. En la primera incluiremos los trabajos que estructuró como memorias, publicados bajo el título de *Disquisiciones sociológicas*: “Las clases jornaleras de Puerto Rico” (1882), “La campesina” (1886) y “La herencia devota”, (1886). En el segundo grupo estudiaremos los artículos periodísticos recogidos en *Ecos de la batalla*. Esta división no implica una secuencia cronológica ni un desarrollo ideológico, es una elaboración distinta impuesta por el medio en que iban a ser difundidos los trabajos y el pre-texto que les sirve de referente.

En el primer grupo, como los títulos lo indican, el referente es el sector marginado de los campesinos. El emisor liberal quiere reivindicarlos por medio de la educación, pero no se identifica con ellos por la distancia que implica precisamente esa educación que los separa. De ahí el tono paternalista que sostienen estos ensayos, tono que en muchas ocasiones por el uso recurrente de la ironía y la parodia incurre en la burla de los mismos que pretende defender.

Por otro lado, al tratar de captar los rasgos esenciales del jíbaro, Brau recrea tipos, creencias, costumbres y el medio ambiente que lo rodea. Le aplica a las costumbres la mirada crítica del liberal reformista y al marco natural lo mira, todavía, con la mirada romántica que personifica y magnifica la influencia de éste sobre la condición humana. De hecho, en ocasiones, la descripción de la naturaleza se acerca al himno poético, y, olvidándose del campesino, sujeto de su ensayo, lo que comunica es la traducción lírica de su emoción ante el paisaje.

Este tono poético vuelve a cambiar, cuando critica las creencias y costumbres. Vemos emerger entonces al Brau satírico y humorista quien reduce a los curas, propietarios y capitanes generales, a meras caricaturas.

El segundo grupo, que comprende los trabajos de *Ecos de la batalla*, Brau lo estructura como intentos definitorios de los puertorriqueños en conjunto, como pueblo, no como en los ensayos del grupo anterior en que se refiere sólo a un sector. En estos ensayos el emisor se aparta de los recursos narrativos ya que en vez de fijarse en tipos concretos o cuadros de la realidad inmediata, su lectura intenta atrapar un carácter nacional que se ha ido forjando a lo largo del tiempo en íntima correlación con la metrópoli. Ahora los actores de la pugna no serán el jornalero versus el propietario y el capitán general de la Torre, Despujols o Pezuela; es el puertorriqueño del sector liberal-reformista al que Brau considera como representativo de lo

puertorriqueño en oposición al puertorriqueño separatista que los conservadores denuncian. El antagonista, de igual manera, será una abstracción colectiva: la política colonial de la metrópoli en conjunto; en lugar de la práctica de determinado capitán general. Este cambio de perspectiva hace que los trabajos dependan más de recursos de la literatura político-satírica de todos los tiempos. De ahí que ahora los recursos capitales apelarán al intelecto: la parodia, la alegoría y el juego de palabras, en lugar de a la imaginación y a la sensibilidad como en los primeros ensayos.

Procederemos ahora a ver los trabajos de los dos grupos más detalladamente.

“Las clases jornaleras en Puerto Rico”

En su texto “Las clases jornaleras en Puerto Rico” de 1882 Brau defiende a los jornaleros de la acusación de vagos, concubinarios y jugadores que les lanzan los propietarios. En 1884 tiene que defender a “La campesina” de la acusación de inmoralidad tras la que se excusa el General Pujols para negarle el acceso a la educación. Nos interesa comenzar por estos dos ensayos porque, además de su representatividad en esta primera etapa, constituyen formas larvadas de su novela corta *¿Pecadora?* de 1888. Incluimos la referencia a esta novela porque ya desde la interrogante del título el emisor nos obliga a emitir un veredicto de inocencia o culpabilidad en evidente dialogismo con la novela de Francisco del Valle Atilas, aunque no asistimos en *¿Pecadora?* al juicio a que sí se somete a *Inocencia*, las homologías entre ambas novelas y los ensayos de Brau son evidentes. La primera instancia es el hecho de que el personaje liberal será el portavoz de los que no tienen voz: los campesinos, los proletarios. A este respecto es pertinente recordar dos datos: el primero, que en ambas novelas la visión autorizada proviene de dos personajes localizados en el campo científico—doctores— y, recuérdese que ante el ensayo Brau se visualiza como:

El anatómico [que] no obedece, ante la mesa de disección, al torpe propósito de insultar al cadáver que analiza. Desmenuzará con el escalpelo la materia, arrollará con indagatoria mirada el velo de impenetrables secretos, acunará datos, sonderará vicios, acusará descarnadamente sus efectos...’ (D.S. p. 13)

Ahora, más bien que portavoces, tanto los ensayistas como los novelistas, al privar de la voz a sus defendidos, se presentan como los descodificadores de síntomas (únicos signos capaces de ser emitidos por esos seres sin voz) de un cuerpo

7. De ahora en adelante las citas relativas a los textos de Brau se referirán a las siguientes ediciones que se identificarán con siglas al pie de la cita. Para Salvador Brau, *Ecos de la batalla*, San Juan, Imprenta José González Font, 1888, se usará la sigla EB y para Salvador Brau, *Ensayos, (Disquisiciones sociológicas)*, Río Piedras, Editorial Edil, 1972, se usará DS.

o de una sociedad enferma.⁸ De hecho, el núcleo central del ensayo de Francisco del Valle Atilés "El campesino puertorriqueño" lo constituye un largo inventario de enfermedades padecidas por los campesinos y Agustín Stahl estructura su artículo *Ovariotomía*⁹ como un espeluznante relato de suspenso en que vemos a la muerte anunciada ir apoderándose del cuerpo de una mujer negra en quien se practica por primera vez en Puerto Rico ese tipo de operación.

La segunda homología es que, los campesinos se presentan como el objeto del ataque de los que además de tener voz, tienen el poder y con él, la letra para reducirlos por medio de una definición (que siempre será una acusación) y que se imprimirá en la libreta de los jornaleros o en artículos de periódicos como el que recoge las palabras del General Despujols. En las novelas el poder de la palabra se traduce en la acusación de infanticida que Victoria formula contra Inocencia y la excomunión y acusación de pecadora que el cura pronuncia contra Cocola, el personaje de Brau.

Formulados estos preliminares, comentaremos ahora las estrategias discursivas que Brau despliega para realizar su crítica, burlar la censura imperante en la colonia y acuñar tipos, imágenes e ideas que el naturalismo y el criollismo recuperarán más tarde.

La actitud contestataria del emisor ante el "dictum" de los propietarios es el cincel que le permite a Brau desprender las adherencias que los propietarios han superpuesto a la figuración de lo puertorriqueño en "Las clases jornaleras de Puerto Rico".

Es costumbre, casi general entre los propietarios de nuestro país atribuir a las clases proletarias, y con especialidad a las campesinas, una carencia poco menos que absoluta, de condiciones morales. (DS, p. 26)

Apellídase a nuestros jornaleros apáticos, perezosos, indolentes, solapados, jugadores, vagos, concubiniarios y corrompidos, y claro es que los que no se han hallado en contacto directo con ellos, los que no han tenido ocasión o voluntad de estudiar personalmente sus necesidades y costumbres, al oírles aplicar, día tras día, por quienes están obligados a conocerlos íntimamente, tan desfavorables calificativos, por de contado han de aceptar como buena la acusación, contribuyendo inconscientemente a sostenerla y propagarla. (DS p. 27)

Tres son los vicios esenciales a que pueden reducirse todos los defectos que juzgan algunos inherentes al carácter del proletario puertorriqueño: el concubinato, el juego y la vagancia. (DS p. 29)

Aunque Brau, como buen polemista, utiliza la estrategia de la concesión y reconoce estos "defectos" entre comillas en los campesinos, de inmediato se argumenta que no son características definitorias de los jornaleros, sino rasgos que

8. A este respecto además de la clásica *Crónica de un mundo enfermo* de Zeno Gandía es pertinente recordar que a los personajes Inocencia (del Valle Atilés) y Cocola (Brau) en ningún momento de la narración se les concede voz propia. Al inicio de ambos relatos están agonizando y otros personajes serán los encargados de narrar sus historias para que los doctores diagnostiquen (juzguen).

9. *Revista Puertorriqueña, Literatura, ciencias y arte*, San Juan, P.R., 1889, Año IV, Tomo IV, p. 549-562.

corresponden a condiciones socio-económicas creadas por los propietarios. En medio de su exposición sociológico-explicativa el literato que hay en Brau no puede resistir la tentación de matizar sus razonamientos con variados recursos, ya sea creando un cuadro lírico-descriptivo para explicar la influencia climatológica:

La vida solitaria de los bosques, la exuberancia ardorosa del clima, la delicadeza del organismo y esa misma viveza de imaginación de que nos habla el padre Ifigo... En medio de aquella naturaleza lujuriosa, en que todos los elementos generadores se desarrollan sin obstáculo alguno, no era posible pretender que se condensase voluntariamente a la esterilidad. De aquí nacieron esas uniones, hijas a no dudarlo de un sentimiento sincero. (DS, p. 29)

o animadas metáforas que homologan la cosecha amarga de caña y servidumbre:

Después vino el aumento de civilización, pero vino también con ella el incremento de la esclavitud. Creció la caña, florecieron los ingenios, acrecieron las riquezas; pero acreció también la inmoralidad, secuela inevitable de la servidumbre. (DS, p. 29)

a las cuales se añade la contraposición entre la práctica discursiva y la práctica social de los propietarios en relación con el concubinato:

...como ni a los hacendados ni a los esclavos se les castigaba o corregía por cometer o fomentar igual vicio, el ejemplo práctico permanecía perenne ante sus ojos, y su fuerza debía ser superior a las de las moralizadoras doctrinas. (DS, p. 30)

Este montaje argumentativo cumple una función dual en el ensayo, por un lado es el significante ideal para comunicar la ambigüedad inherente a la situación colonial y, por otro lado, le permite a Brau evadir la censura al desplazar la culpa no a la metrópoli, sino a sus intermediarios.

Sin embargo, aun cuando la argumentación de Brau en un primer nivel se enfila contra los propietarios, en el trasfondo la imagen que él intenta desplazar es la acuñada por O'Reilly que coaguló, en su momento, la lectura que el imperio hizo de esos seres mostrencos, cimarrones, al margen de la regulación imperial:

...esta gente por sí misma muy desidiosa, y sin sujeción alguna por parte del Gobierno, se extendió por aquellos campos y bosques, en que fabricaron unas malísimas chozas con cuatro plátanos que sembraban, las frutas que hallaban silvestres y las vacas que abundaron muy luego los montes, tenían leche, verduras, frutas y alguna carne; con esto vivían y aún viven. Estos hombres inaplicados y perezosos, sin herramientas, inteligencia de la agricultura, ni quien le ayudase a desmontar los bosques ¿qué podrían adelantar?... y como todos vivían de este modo, no hubo motivo de anulación entre ellos; concurrió también a su daño la fertilidad de la tierra y abundancia de frutos silvestres. Con 5 días de trabajo, tiene una familia plátanos para todo el año. Con éstos, la leche de las vacas, algún casabe, moniatos y frutos silvestres, están contentísimos. (DS, p. 20)

Este texto de O'Reilly nos revela que, extinguida con los indígenas la operatividad del mito redentorista, una nueva imagen debe crearse para reemplazar la inoperante y permitir la incorporación al sistema, de los "dispersos" que deben ser agrupados y educados para que se integren a la producción. Es interesante observar desde nuestra perspectiva contemporánea como unas imágenes que en la literatura renacentista constituían elementos constructores de arcadias, de paraísos pastoriles, ahora desde la perspectiva mercantilista del imperio se leen como algo nocivo, subversivo. Más adelante en el ensayo, Brau reconoce a la administración colonial y su política como causa primera de este cambio de imagen, por lo cual, al fin y al cabo, la actitud de los propietarios no hace sino reflejar la percepción imperial:

...y en los ingenios se había reconcentrado toda la vida agrícola-industrial, toda la riqueza, toda el alma del país, indispensable fue que el Gobierno compeliere a los braceros libres a tomar parte activa e importante en aquella explotación (DS, p. 41)

Para refutar la imagen de los campesinos como jugadores, Brau, en vez de limitarse a señalar expositiva y sistemáticamente (como le requiere Fernández Méndez) la responsabilidad y las fallas del clero en este aspecto, articula otra estructura de contraposición entre lo que debiera ser y lo que es:

Un sacerdote morigerado, caritativo, benévolo, un padre, en fin, de sus feligreses, que les inculque, más con sus hechos que con sus predicaciones, todo el espíritu de la doctrina evangélica. (DS, p. 31)

Paradigma al que se contrapone la realidad de:

Un cura que juega, que baila, que frecuenta la gallera, que se entrega a todas las prácticas del agiotaje, que asiste a jolgorios y francachelas, y que para avenirse mejor al sibaritismo de los serrallos orientales que a la austeridad silenciosa de la casa rectoral, tiene que perder forzosamente su prestigio a los ojos del vulgo; y en vano será que su voz truene elocuente en la cátedra sagrada: sus palabras no estarán en armonía con sus hechos, y el vulgo se paga más con hechos que de palabras. (DS, p. 32)

Este boceto de caracterización evidencia una vez más la articulación entre prosa expositiva y la narrativa ya que podemos considerarlo como una prefiguración del Padre Calendas en *¿Pecadora?*

Como marco complementario a este cura, Brau traza un animado cuadro en que las marcas o signos de lo sagrado y lo profano confunden sus voces en abigarrado contrapunto barroco, recurso que le sirve además para adjudicar la responsabilidad al sistema y exonerar al jornalero:

Conjunto incomprensible de liturgia cristiana y de saturnal gentilica, mezclábanse en aquel culto híbrido, el alegre clamorco de los sagrados bronceos, al llamar a los fieles al templo, con el chillido gangoso y acompasado de los ruleteros

de profesión, al indicar las fluctuaciones del negro y del colorado sobre el consabido aparato giratorio; la mística armonía de los religiosos cánticos que, envueltos en el perfume del incienso, se elevan al trono del Altísimo, apagábase entre el estridor de las estúpidas bacanales, conocidas en el país con el nombre de bailes de empresas... en torno de cuyas mesas se codeaban confundidos hombres y mujeres, esclavos y señores, propietarios y jornaleros, ancianos y niños... (DS, p. 34)

Luego de esta descarga contra el clero y su patrocinio de las fiestas patronales, la mirada inquisidora del emisor se dirige al gobierno colonial y con deliberada ironía Brau contrapone la diligencia de la administración colonial, encarnada en el personaje de Don Miguel de la Torre, en relación con el juego de los gallos y la negligencia de la misma administración en relación con la construcción de escuelas:

Cuando se observa la minuciosidad, el prolijo cuidado, el lujo de detalles que presidiera en la redacción del citado Reglamento; cuando se contempla a todo un Capitán General entretenido en disponer en qué forma debían limpiarse los gallos, estirarles los dedos y el pescuezo, y cómo era necesario tomarlos por la cola para ser careados pico a pico: cuando se viene en conocimiento de que tan interesante disposición fue expedida el día 14 de marzo de 1825, y se sabe, porque lo ha dicho oficialmente al Gobierno de Metrópoli, otro Gobernador General, que hasta el año 1845 no emprendió directamente la Autoridad Superior la organización de la enseñanza primaria; cuando todo esto se sabe, y no se echa en olvido que hasta junio de 1865, no vino a acordarse, en el memorable Decreto Orgánico del general Messina, el establecimiento, en algunos barrios rurales, de escuelas elementales incompletas... lo que equivale a decir que la instrucción de los jugadores de gallos meració ser atendida por los Capitanes Generales, 40 años antes que la instrucción de los pobres jornaleros campesinos, que forman la gran masa en nuestro país, no cabe otra cosa que bendecir a la Providencia que nos ha hecho vivir en días más felices que aquéllos, formulando en lo más íntimo del alma votos sinceros porque no vuelvan jamás a reproducirse en Puerto Rico tan sensibles, tan incalificables aberraciones. (DS, p. 35-36)

Obviamente la parodia, la adjetivación, la antítesis, la gradación de efectos, las figuras patéticas y demás recursos retóricos aquí empleados no corresponden a una memoria, o a la sistematización sociológica que echa de menos Fernández Méndez, pero sí son recursos lícitos del ensayo que Brau está escribiendo.

Para dramatizar su argumentación de que estas características no son innatas en los jornaleros como afirman los propietarios, Brau coloca a éstos en la posición de destinatarios, los apostrofa y los conmina a incorporarse al texto y acompañarlo dentro del mundo que él verbalmente recrea:

Es más; no vacilamos en decirlo: la afición al juego entre los jornaleros quizás no hubiera alcanzado extraordinarias proporciones, si no hubiese brindado campo fecundo a la explotación. ¿No queréis creerlo bajo la fe de nuestra palabra? Pues penetrad en una de esas pulperías situadas en los barrios distantes de las poblaciones, buscad detrás de aquel mezquino aparador, pantalla ingeniosa que

encubre, taimadamente, el ejercicio de otra ilícita industria y hallaréis, en ciertas y determinadas horas de los festivos días, hacinados en estrecha habitación, un número no escaso de hombres, gozando de las problemáticas delicias del juego: de fijo ni el dueño de la pulpería, ni el que dirige la banca serán jornaleros.

Registrad luego, en las poblaciones, las interioridades misteriosas de ciertos tugurios, hipócritamente engalanados con el nombre de cafetines, billares, bodegones u otros semejantes; divagad por las inmediaciones de un ingenio los sábados al caer la tarde; examinad allí el barranco oculto del río, la proyección de la sombra del árbol frondoso o el hueco simulado del antiguo puente; husmead también entre la hojarasca del platanar contiguo a ciertas casas campestres, ... nunca será jornalero el que talle; nunca podréis asignarle el papel de explotador; su carácter genérico es el de víctima. (CS, p. 37-38)

mundo cuyas marcas semánticas (oscuridad, misterio, trampa, simulación) denuncian la celada que se ha preparado para cazar y mantener al jornalero en la servidumbre perpetua.

Más adelante, disimulada tras una aparente discusión de semántica, lanza la flecha de su ironía contra el sector privilegiado en la colonia (evidentemente los peninsulares):

...en Puerto Rico se ha acusado y se acusa hoy todavía de vagos a los hombres que libran su subsistencia y la de sus familias, merced a ruda labor corporal, pero nunca, en los años que llevamos de existencia, hemos visto a nadie preocuparse de la conducta de infinidad de seres que sin oficio, ejercicio o profesión manifiesta, sin capital o renta alguna de que vivir, llenan cumplidamente sus necesidades, alardean de rumbosos y derrochadores, y disfrutan la consideración general, por lo menos aparente. (DS, p. 40)

Al final del trabajo Brau apostrofa mediante preguntas retóricas a los propietarios y al realizar el balance entre lo que dicen y lo que hacen definitivamente desarticula el montaje verbal que éstos han erigido para desprestigiar a los jornaleros y prestigiarse ellos como paradigmas a imitar. Cumpliendo con la actitud crítica inherente al ensayo, el emisor ha invalidado la definición de los propietarios y ha impuesto su versión: los jornaleros no son de un modo particular, sino que reaccionan a fuerzas socio-económicas que se les imponen desde arriba, precisamente desde la clase de los propietarios.

“La campesina”

En “La campesina” Brau aplica el mismo sistema desarticulador de las imágenes y conceptos que utilizó en “Las clases jornaleras de Puerto Rico”. Aquí su punto de partida son las declaraciones del General Despujols quien, como portavoz de los intereses de los colonizadores, ha afirmado que la familia en Puerto Rico no está moralmente constituida y en ese argumento basa su negativa a crear escuelas de niñas para evitar el peligro que representa la promiscuidad de los sexos en el “tránsito

diario de los niños muy precoces de ambos sexos, de nueve a doce años, desde sus chozas a una misma escuela distante". (DS, p. 106)

Si al jornalero se le acusaba de tres cargos—concubinato, juego y vagancia— a la campesina a su vez se le acusaba de indolente y sensual, pero se le reconocían como virtudes la sobriedad y arraigados sentimientos religiosos.

La actitud crítica de Brau invierte la carga positiva y negativa en este cuadro caracterizador, adjudicando los defectos a la influencia del medio y socavando las supuestas virtudes de la sobriedad y los sentimientos religiosos. Para justificar la sensualidad de la campesina, Brau construye nuevamente un cuadro lírico-descriptivo a semejanza del que ya citáramos en "Las clases jornaleros de Puerto Rico" donde le delectación paisajista posterga la argumentación expositiva (que se supone releve de culpa a la campesina y culpe al medio) argumentación que se pierde en la cascada de imágenes:

Juntos los sexos bajo las yaguas que cubren la reducida morada; juntos en la pradera donde spacienta el ganado y en el arroyuelo que mitiga la sed y en la era donde se recoge la simiente; juntos en la soledad del bosque, que brinda el fruto refrigerador y el seco ramaje para el hogar y el amparo de la fronda contra el calor estivo; juntos en los senderos extraviados que conducen al ventorrillo desmoralizador, o al ingenio insaciable;... y en el regreso al hogar entre las opacidades del crepúsculo, y en los esparcimientos familiares en el batey, al fulgor de las estrellas y a compás del rumor melancólico de la noche; juntos [puede ser] muchas veces, sobre las cuatro tablas mal unidas que constituyen el lecho único en la miserable cabaña— Así crece la infancia en nuestros campos; en igual confusión que crecen, en el matorral inculto, la cambustera y el cardo, la pringamoza y la sensitiva, indiferentes al beso del sol que nutre la palma real y a la caricia del rocío que fecundiza el pródigo bananero. (DS, p. 107)

En la segunda etapa de su desconstrucción Brau procede a "precisar las condiciones en que se determina el carácter, el temperamento, la idiosincracia de una pobre mujer de nuestros campos". (DS, p. 108)

Para su mentalidad positivista:

La sobriedad del menesteroso tiene para mí, afinidades con la castidad de la reclusa, hasta cuya celda no llegan las instigaciones y contactos sociales. Si no hay pasto a la gula, la sobriedad se impone forzosamente.

No encuentro, por otra parte, muy digna de loa en nuestros campesinos, esa sobriedad que, lejos de combatir las influencias climatológicas, coadyuva con ellas a mermar el organismo físico... la indolencia y el sensualismo de que se acusa a nuestras proletarias, no son más que síntomas de la afección morbosa que predomina en su temperamento, y en la que entra, por mucho, una sobriedad que tan pomposamente se decanta. (DS, p. 108-109)

Consecuente con la postura liberal que señalamos al principio del trabajo, Brau da por sentado que la campesina no tiene voz y se adelanta a traducir, desde su perspectiva positivista, el acercamiento popular, la religión, familiaridad y adapta-

ción que él considera desvirtúa los posibles beneficios de la religión convirtiéndola más en un factor retardatario que civilizador para el progreso. De este manera, lo que se consideraba una virtud, se convierte en un defecto:

Para ellas, Dios es un señor que vive encima de ese cielo-raso azul que se llama cielo, por donde se pasean el sol y la luna, y al que está adherida una especie de cucubanos, que sólo vierten luz por la noche. Ese Dios tiene un carácter muy irascible, y se entretiene en atormentar a las criaturas en sus accesos de mal humor. El envía las lluvias que hacen desbordar los ríos, las sequías que calcinan las plantaciones, los gusanos que roen las sementeras, los huracanes que arrasan los árboles y derriban las casas, el rayo que estremece la tierra y las enfermedades que exterminan a los hombres. Estas manifestaciones coléricas de la Divinidad las producen los pecados, en que se incurre por instigación del demonio; otro señor extraordinario, con cuernos, rabo y pezuñas...(DS, p. 109-110)

Olvidándose (¿?) que su asunto es la campesina se deja arrastrar por la parodia y continúa desmontando el andamiaje de lo que será objetivo central en "La herencia devota":

Esto de los procuradores es muy ingenioso: por ejemplo si se pierde una gallina el encargado de hacerla aparecer es San Antonio; si se sufre afección oftálmica,... basta ofrecer unos ojos de plata a Santa Lucía;... Olvidábase otro abogado, mejor dicho todo un colegio, pues que se trata de las benditas ánimas del purgatorio, cuya influencia a favor de los mortales es muy valiosa, aunque por lo visto, de nada les sirve a ellas par obtener un indulto o amnistía en provecho propio, que no habría de venirles mal para salir de sus quebrantos. (DS, p. 110)

Más adelante el novelista le usurpa el lugar al ensayista y nos adelanta el asunto de lo que novelará en *¿Pecadora?*:

Colocada una mujer en tales creencias imbuida y de tal temperamento dotada y por tan débil alimentación nutrida, a la acción persistente de melancólica soledad, envuelta en una atmósfera cargada con los afrodisíacos efluvios de lujuriosa vegetación, bajo un sol enervador, sin ideas en el cerebro,... y decidme luego con qué auxilios ha de contar para vencer los peligros de la seducción, las influencias del medio en que vive y los gritos de la naturaleza que reclama sus derechos sobre aquel desmalazado organismo. (DS, p.111)

...cuando la necesidad obliga a trasladar su domicilio a las poblaciones, para aplicar su actividad al servicio doméstico. Entonces se le acusa de torpe,... La civilización las acoge por necesidad, las desbasta por el roce, las nutre un poco mejor, excita su vanidad, trueca la sencillez de su traje por un remedo de las galas de la señora a quien sirve;...(DS, p. 111)

El veredicto final del destinatario no puede ser otro que absolver a la *¿Pecadora?* invalidando así la sentencia de los intereses, que, como en el caso de los jornaleros, la condena al círculo vicioso de la ignorancia para explotarlos mejor.

La herencia devota

En "La herencia devota", Brau, al examinar las prácticas religiosas, adelanta a un primer plano lo que en anteriores ensayos era sólo un afluente entre las muchas causas del atraso de los campesinos.

Como su formación positivista lo impele a deslindar lo mezclado de lo confuso, Brau detecta y expone como carácter definitorio de las manifestaciones religiosas en Puerto Rico la confusión de lo sagrado con lo profano:

Así vemos conmemorar con francachelas y orgiásticas comilonas, el advenimiento a la vida del Revelador del Evangelio, con desatentas carreras de caballos y chapuzones en el mar, en el río o en el primer charco de agua que venía a mano, pretendiéndose celebrar la natividad del severo Precursor... con extraordinarios derroches de ostentoso lujo demostramos todavía nuestro duelo, al recordar la agonía de un Mártir, que fundó la regeneración de la sociedad humana... (DS, p. 128-129)

argumentos que cobran vida en un animado cuadro en el que las voces de lo sagrado y lo profano se mezclan en abigarrado coro polifónico:

En medio de esos festivos ruidosos; cuando el templo rebosaba de los fieles... mezclábanse en el espacio con las notas musicales de los himnos, entonados en loor del virtuoso huésped del paraíso: cuando el ritmo de las danzas callejeras anunciaban a las devotas la proximidad del baile,...(DS, p. 131)

Como en ensayos precedentes, la ironía se usa como recurso desmitificador de tipos y actitudes que se incuban y proliferan estas prácticas seudoreligiosas:

...alguno de aquellos individuos que tenían a gala el ir de pueblo en pueblo, con la ruleta en las banastillas, los gallos en el caso o el naípe en el bolsillo, buscando festividades religiosas en donde ejercitar su originalísima piedad o alentar la de otros devotos. Por lo demás la orquesta contratada para cantar antifonas y motetes al glorioso patrono, suele aguardar aún a los fieles, a la salida de la novena, para acompañarlos, a compás de los acordes del provocativos merengue,... Es una reminiscencia bíblica –dirían algunos– pues que el rey salmista bailó también delante del arca, pero la reminiscencia sería en todo caso muy convencional, pues la Biblia nos cuenta que, en aquella ceremonia religiosa, enlazado David con alguna Bethsabé de mórbidos contornos, se columpiase muellemente a los acordes plañideros del merengue sensual. (DS, p. 130)

Paréceme que después de oír manifestación tan autorizada no cabe clasificar nuestras danzas en el catálogo de las prácticas religiosas. (DS, p. 130)

Después de diversos asedios oblicuos al tema, Brau enfrenta el problema sin circunloquios. Esta herencia devota es parte de la tradición que España nos legó, pero, para la formación liberal de Brau, no todo en la tradición es sagrado e incuestionable, sino que hay que discernir lo que debemos conservar de lo que debemos descartar:

Esa religión es realmente una herencia, que no aconsejaré rechazar; mas acontece en los negocios mundanos, cuando un patrimonio se lega complicado con accidentes que le hacen desmerecer de su intrínseco valor, que los herederos se cuidan, en provecho propio, de depurarlo, por medio de la actividad y de la discreción más atinadas. Hagamos otro tanto con la herencia religiosa. (DS, p. 141)

Esta observación va a la raíz del problema, la metrópoli y sus instituciones no son paradigmas incuestionables, infalibles; fisura que nos abre la posibilidad para otro tipo de cuestionamiento.

Después de trazar las costumbres comunes a la metrópoli y a la colonia, Brau se detiene para valorar lo que él sí considera características definitorias de lo puertorriqueño y que están vinculadas más a un sentido humano de la caridad que a denominaciones religiosas. Como en ocasiones anteriores, en vez de escalonar su argumentación expositivamente, crea dos breves cápsulas que embrionariamente adelantan escenas que desarrollará en *¿Pecadora?*:

Al grito de ¡Caridad! que lanza por la noche al espacio, en la soledad de su conuco el desdichado jíbaro, a quien enfermedades o miseria desgarran el corazón, arrebatándole algún miembro de su familia, responden los bohíos más apartados, proporcionándole compañía y consuelos a los dolientes, y ataúd y mortaja y cargadores para conducir gratuitamente en hombros, hasta el cementerio de la población, distante a veces seis u ocho leguas, un cadáver, que sin esa piadosa voluntad permanecería insepulto largo tiempo, produciendo consecuencias desastrosas para la salud pública.

Jamás el viajero extraviado o rendido de cansancio llamó a la morada de un campesino de Puerto Rico que no hallase en ella una hamaca donde descansar, una taza de café para calentarse... (DS, p. 144-145)

y que de hecho constituyen escenas de la novela.

El balance final del ensayo podrá entenderse como el rechazo de un liberal a ritos externos que, al secularizarse, han desvirtuado su propósito inicial. Es también un elogio de la religión íntima, personal, basada más en la fraternidad y la solidaridad que en el dogma.

“Así somos nosotros” (Ecos de la batalla)

En ocasiones los escritores al analizar textos ajenos proyectan sobre éstos sus propios principios de construcción, ofreciendo en forma oblicua la clave para descodificar su propia obra. La imagen del daguerrotipo que Brau estructura en el prólogo al libro de Manuel Alonso no sólo ilumina la obra de Alonso, sino que simultáneamente revela los secretos ocultos detrás de textos como “Así somos nosotros”: ensayo con el cual iniciamos el estudio de los artículos que constituyen su libro *Ecos de la Batalla*:

...fuerza será convenir en que bajo la apariencia bonachona de que el libro alardea, se esconde un fondo de censura en que la verdad corre parejas con la habilidad.

Sucede con estos primitivos retratos daguerreotípicos que guardan como venerandas reliquias algunas familias, que examinadas a la ligera, a plena luz, apenas si permiten descubrir fugaces esbozos, pero colocados en ciertas condiciones de visualidad, y observados con detenimiento, muestran sobre la tersa superficie de la bruñida plancha metálica, la imagen reflejada en la cámara oscura con su exacta semejanza y sus minuciosos accidentes. Del mismo modo este libro,... puede parecer ligero, frívolo, insignificante a primera vista,... pero historia en que la pluma reticente del autor ha contado de antemano con la colaboración imaginativa de sus lectores.¹⁰

Si aplicamos esta imagen al análisis de este ensayo, observamos que en un primer nivel, Brau intenta hacer una caracterización de los puertorriqueños, pero, si seguimos otras directrices que Brau nos da en ese mismo texto:

No se debe, pues, estudiar la medalla por sólo el anverso. (EB, p. 77)

Descubriremos que la estructura profunda lo que revela es la imagen del otro, del colonizador, del creador que es quien, en última instancia, configura la imagen que refleja su criatura.

El régimen colonial contribuyó mucho a acrecentar esos instintos solitarios, y los desempeños sufridos, si no son suficientes para amenguar nuestra lealtad ingénita, bastan para hacernos cautos y recelosos. (EB, p. 77)

Para articular este efecto Brau procede de la siguiente forma. Destaca en primer lugar el rasgo específico de algunas de las características que nos separan de los otros pueblos colonizados por España:

...nos trajeron la vivacidad de la imaginación y la delicadeza en el sentir que les eran peculiares; pero de ningún modo la vehemencia en el obrar que les distingue, (EB, p. 74)

De inmediato contrapone la lectura apologética [lo que luego Pedreira denominará como nuestro retoricismo] que se ha hecho de estas características con la realidad de que esto es sólo consecuencia de la peculiar relación colonial a que hemos sido sometidos:

Es verdad que lo expansivo del carácter, lo generoso y sufrido, y lo propenso a resignarse con una promesa, a veces con una simple fórmula de cortesía (que consideramos generalmente como augurio venturoso) bastan par calificar la riqueza soñadora de nuestra fantasía, descubriendo pronto su verdadera proceden-

10. Salvador Brau, Prólogo a Manuel Alonso, *El jíbaro*, p. xx-xxi.

cia; pero, a pesar de esto o quizás por esto mismo, somos un pueblo especial, fácil de dirigir y muy aficionado a dejar hacer, sin inquietarnos mucho cuando no lo hallamos hecho, por más que nos lo hayan ofrecido. (EB, p. 74-75)

A continuación examina lo que podría considerarse positivamente como independencia de carácter y que, para él, no es más que la respuesta social que hemos tenido que dar al abandono y al hostigamiento por parte del poder colonial.

Estudiad al puertorriqueño en cualquier localidad de la isla, y le veréis decidior y jovial en sus reuniones familiares, pero circunspecto y hasta desabrido en la vida pública; muy respetuoso con la autoridad, pero evitando en lo posible el rozarse con ella hasta para asuntos que le interesan. (EB, p. 75-76)

Lo interesante es que estas características que en otros ensayos Brau presenta como distintivas de las clases campesinas, aunque allí recibieron otros nombres, ahora las hace extensivas al puertorriqueño en general y, de hecho, construye cuadros en que, todos al unísono, exhiben la sumisión de su carácter:

Y tan apegados nos hallamos de nuestras costumbres, que no damos muestras de corrección.

¿Viene un gobernador nuevo? Le recibimos con palmas. ¿Nos dirige cuatro frases halagüeñas. Le elevamos al sétimo cielo. ¿Demuestra hacer algo en bien del país? Le proclamamos nuestro bienhechor, nuestro salvador, y no encontramos sitio bastante digno donde estampar su nombre; pero nos mantenemos siempre a respetuosa distancia: a la capa, como suelen llamar los marinos a una de sus más hábiles maniobras. (EB, p. 77)

A renglón seguido traza con rapidez e ironía la política veleidosa de la metrópoli a través de sinécdoques que, aunque se refieren sólo a la condición individual de los capitanes generales, apuntan en realidad al desquiciamiento y desorientación de la administración colonial:

...ha sucedido que un gobernador reformista se tome en furibundo conservador, o que dando oídos a consejos y tradiciones fantásticas, como el miedo es contagioso, concluya por abrumarnos con expedientes gubernativos o aturdirnos con gritos estentóreos, marchándose luego en paz a recoger, como premio, un marquesado o cosa semejante; para hechos tales parece creado expresamente el carácter puertorriqueño. (EB, p. 78)

A este agitado cuadro Brau contrapone la imperturbabilidad e impasibilidad de los puertorriqueños en una imagen que prefigura el "Nju" de Lloréns:

Con una calma estoica oímos los dicharachos; con admirable sangre fría dejamos que cursen los expedientes sobre las soñadas conspiraciones; y cuando nos llega la noticia de que el héroe se ha dado los honores del triunfo allá en el Capitolio, o cuando mendiga nuestros votos para que lo encumbremos... nos

conformamos con dejar que jugueteen en nuestros labios y anime nuestro semblante una significativa sonrisa. Así somos nosotros. (EB, p. 78)

Nos encontramos entonces ante una repetición con variantes de la denuncia de la situación de los que no tienen voz por lo que sólo pueden acusar el impacto del otro, que siempre será sujeto; mientras que a nosotros nos corresponde el pasivo papel de objeto.

A subrayar esta conformación por parte del dios escondido, del colonizador, concurre la inversión que el estribillo *Nosotros somos así* de la estructura superficial del primer nivel sufre, al finalizar el ensayo, a *Así somos nosotros*. El adverbio modal "así" que señala hacia el resultado de un proceso y se encontraba en el último lugar se desplaza al primer lugar que debe ocupar si hacemos la lectura correcta. El arrogante "nosotros" que, como iluso sujeto ocupaba el primer lugar protagónico, se traslada al lugar del objeto que, aunque gramaticalmente no le corresponde, sí le corresponde simbólicamente por constituir ese carácter no un desarrollo autóctono, sino la impresión, el modelado, de un impresor o modelador. Se configura entonces el sentido oculto de las cosas, el texto, como el daguerrotipo, incluye simultáneamente lo absoluto, el colonizador y lo contingente, el colonizado.

La tacha

Otro texto que utiliza el mecanismo estructurante de la inversión conceptual es "La tacha". Brau articula su exposición de tal forma que la impresión final es que lo que ha venido a "...manchar con una página sangrienta el libro de oro de los fastos coloniales" (EB, p. 44) no debe leerse más como signo o mácula inherente al cuerpo en que se señalan las colonias; sino como reacción a la acción que la metrópoli ha ejercido sobre ellas.

Brau, sin embargo, marcado por la experiencia de su madre:

... bendita mujer, hija también de padres peninsulares, que como errante proclaria, huyendo de las tempestades revolucionarias del continente, había venido a demandar asilo a esta hospitalaria tierra... (EB, p. 4)

oscila entre la lectura que los peninsulares dieron a las luchas de independencia:

El cuadro mudó de aspecto. Las apacibles delicias de aquel suelo, trocáronse en sobresalto, aterrador... sucedió el grito feroz de fratricida lucha, el crujido mortal de espantosos incendios y el fragoroso tronar de cañones homicidas. (EB, p. 44)

y la que su formación liberal le dicta:

Por consecuencia de ese combate entre el oprimido y el opresor, entre el gobierno y el pueblo... (EB, p. 44)

A renglón seguido Brau articula su nueva lectura mediante un diálogo en que reproduce hipotéticamente el proceso ideológico por el que atravesaron los emigrados:

¿A quién debieron maldecir aquellos hombres en su fuga? A la libertad.

¿A quién debieron temer en el nuevo territorio que les brindó asilo? A la libertad.

Brau recurre a una analogía para reafirmar la nueva lectura:

No había sido, no, la libertad su enemiga. No es culpa del vapor que la caldera estalle, sembrando muerte y desolación en torno suyo: es responsable de ese hecho la temeridad o la imprudencia del maquinista que aumentó la fuerza de la combustión y cerró todas las válvulas de desahogo, pretendiendo contener entre frágiles paredes toda la potencia vigorosa de una fuerza incontrastable. (EB, p. 45)

Este error (tacha o mácula) de la metrópoli provoca una relectura de las relaciones existentes entre las dos partes (que el diplomático Brau renuientemente reconoce) en la cual los oponentes se despojan de sus antifaces o revestimientos y muestran su faz verdadera:

...la lucha se entabló, más bien que entre las colonias y su metrópoli, entre la luz y las tinieblas, entre los siervos y los señores, entre los explotadores y los explotados, entre el monopolio y la libertad. (EB, p. 50)

Después de este radical análisis Brau, sin embargo, como buen colonizado, hace un alto para un desahogo lírico que, como adhesión de fe, neutralizará cualquier acusación de desafección que pudiera lanzarse en su contra:

Hagamos aquí punto. Todo aquel que sienta correr en sus venas un átomo a lo menos de sangre española, ha de encontrarse hondamente herido al recordar el doloroso desenlace de aquella lucha; y cuando el que la recuerda ha tenido que aceptar forzosamente, como legado hereditario, sus consecuencias, la herida tiene que resultar más enconada y profunda.

Más, por lo mismo que fuimos víctimas de esa lucha, nos creemos más autorizados para sondear sus efectos;... (EB, p. 50)

movimiento oscilatorio de avance y retroceso que caracteriza el lento proceso ideológico de descolonización.

Al final del ensayo el abogado-liberal se dirige al fiscal-conservador y le imprime una ingeniosa vuelta de tuerca a la denominación de conservador, que, por rebote ideológico, se refracta hacia el verdadero blanco a que Brau dirige sus saetas: la metrópoli.

¡Conservadores de Puerto Rico! No temáis la libertad no la rechazéis. Al contrario salidle al paso, utilizadla, encauzadla en provecho general, y, cuando os halléis en posesión de ella, cumplid vuestra misión: ¡CONSERVADLA! (EB, p. 56)

Como podrá observarse Brau explota la paradoja de este juego de palabras para señalarle a la metrópoli que su "conservación" depende precisamente de lo que está tratando de extinguir, la libertad, y que los medios despóticos utilizados no trabajan en pro de su conservación, sino de su destrucción. La tacha o mancha revela entonces adonde apunta su carácter indicial, no hacia una falta de las repúblicas, sino a errores atribuibles a la metrópoli.

La política y sus fases

Este texto representa una de las instancias en que Brau ejerce su crítica de la forma más directa. Sin prolegómenos o preámbulos de clase alguna, Brau parodia cinco tipos de conducta política y a cada uno le asigna un nombre caracterizador: *Política de pan y palo*, *Política de discreteo*, *Política bravucona*, *Política timorata* y *Política discreta*.

En *Política de discreteo* Brau utiliza uno de los productos más típicamente españoles, la comedia del Siglo de Oro, como símbolo de la política metropolitana.

Obsérvase en estas comedias una dama, mujer de superior belleza y de más superior donaire, ejercitada en todas las prácticas de la coquetería femenil,... a la que asiduamente tributan sus obsequios varios galanes, seducidos por sus maravillosos atractivos. (EB, p. 17)

Sucediendo lo que tiene que suceder: fatigados los pretendientes por aquella gimnasia de galantería, con aquella esgrima de discreteo, concluyen por dejarla sola a la señora de sus pensamientos, murmurando unos y otros de su conducta.

...más otros tiempos suelen traer consigo otras costumbres, por eso en nuestro siglo, materialista y seco, en el cual hasta la poesía, ideal por naturaleza, ha de sujetarse al dominio de la fría razón, tal género de comedias han caído en desuso y no se encuentra público capaz de soportarlas. (EB, p. 18)

Esta analogía le permite a Brau socavar simultáneamente el poder de dos imperios: el político y el literario. Cuando compara las prácticas políticas metropolitanas con las veleidades de una dama de las comedias, las desacredita como paradigmas para la colonia, y al exponer las comedias al proceso erosionador del tiempo también despoja a esa literatura de su carácter paradigmático al afirmar, como todo letrado, la práctica literaria propia en sustitución de la anterior.

En la *Política bravucona* Brau hace un recuento de las circunstancias históricas que han orientado la política ofensiva-defensiva de España. Luego de agotar las circunstancias en que legítimamente se podría adoptar tal política guerrera, Brau entiende que esta estrategia política, que en su momento constituyó una virtud, al otorgársele carácter permanente se transforma en un vicio.

¿Impedían los momentáneos tratados de paz luchar contra las hordas agarenas?
¿Suspendíanse las hostilidades contra el enemigo común? ¿Faltaban moros que combatir? Pues se combatía de castillo a castillo, de mesnada a mesnada, hermanos

contra hermanos, pueblos contra pueblos, y no pocas veces, la bravura e intrepidez de vasallos rebeldes sometieron a duras transacciones la altivez de los reyes, a quienes eran deudores de homenaje y pleitesía. (EB, p. 22)

No en vano al terminarse la reconquista, no pudiendo resignarse aquel belicoso espíritu a trocar el laurel por la oliva... se desbordó por las inmensas selvas y pampas americanas y sembró el terror y la devastación en las costas africanas y arrasó las comarcas italianas y encarceló reyes y aprisionó papas y trató de imponerle a todo el orbe sus creencias y paseó soberbio sus victorias y pendones por todos los ámbitos de la tierra. (EB, p. 22)

Más adelante utiliza 'Las copias a la muerte de su padre' de Jorge Manrique como cañamazo sobre el que tejerá la parodia desmitificadora del ideal épico al que opondrá la realidad de la decadencia española:

¡Qué alancear de moros! ¡qué acribillar de turcos, italianos y franceses! ¡qué dominar de indios! ¡qué acuchillar de flamencos! ¡qué achicharrar de hereges! mas ¡ah!... ¡qué de españoles extinguidos! ¡qué de esfuerzos mal gastados! ¡qué de tesoros consumidos! ¡cuántos brazos robados al trabajo! ¡cuántos cerebros arrebatados a la ciencia!... (EB, p. 23)

Don Quijote, el personaje de Cervantes, es otro ícono que también le servirá para estructurar su crítica a la actitud paranoica de los administradores nacionales y coloniales en su relación con los gobernados.

Supone esa escuela la existencia de enemigos y a su encuentro se lanza: se le advierte su error, más rehuye toda advertencia; los enemigos han existido antes, luego deben existir todavía; no parecen en ninguna parte, inútilmente se les busca, nadie les ha visto; nadie les conoce; con todo, hay que perseguirlos, hay que exterminarlos, que reducirlos a cenizas. (EB, p. 25)

El vulgo, como es natural, rie a mandíbulas batientes de la credulidad de tales visionarios,... Sin embargo ellos continúan impertérritos en su tema, y ya sea ficción de acalorada fantasía, ya producto de estudiada conveniencia, insisten en la tarea de desfacer agravios y de enderezar entuertos, con la misma impavidez de que Cervantes adornó a su héroe favorito. (EB, p. 25-26)

Evidentemente aquí la parodia es un recurso desmitificador por partida doble al homologar distorsionando principios y prácticas, los desacraliza y al contraponer la dura realidad a los mitos literarios en que los españoles se reconocen, también los desacraliza.

En la *Política timorata* o "aquella que no se atreve a decir su nombre" Brau desenmascara a los que hacen una política de la despolitización de las prácticas sociales:

Es común en algunos partidarios de la escuela cuyas teorías analizamos, al calificar de perturbadora la política, reconocer la conveniencia de las reformas económicas, en sentido avanzado y descentralizador, fundando en la exclusiva bondad de esas reformas el desarrollo de la riqueza pública. (EB, p. 27-28)

A esta actitud de encubrimiento Brau opone un credo político en que todas las clases concurren aunque no quieren admitirlo:

El agricultor que clama contra el oneroso sistema tributario que consume lo más saneado de sus cosechas;... se agita indispensablemente dentro del círculo de la política. El comerciante que protesta contra las trabas... también obra dentro de la política. El moralista que deplora el decaimiento de las clases obreras y quisiera verlas entrar de lleno en el camino de la virtud del trabajo, cede a la fuerza de la política. Y el creyente... y el obrero... y el propietario... y la familia... todos, todos se revuelven en plena atmósfera política. (EB, 28-29)

En este ensayo como en los anteriores Brau combina la protesta política con fórmulas y representaciones literarias, como si quisiera indicarnos que la línea que demarca ambos campos no es continua, sino cortada a intervalos, situación que permite la continua interpretación de ambas zonas.

Conclusiones

Concluida esta lectura aspiramos a que se reconozca que, aunque Brau fue portavoz del sector autonomista, hay que incluir su aportación, desde esa perspectiva, a eso que se ha llamado "búsqueda y definición de nuestra personalidad". En esta búsqueda, las historias difundidas de la literatura puertorriqueña y la crítica han destacado consistentemente al sector independentista como las únicas voces autorizadas para representarnos.

Sin embargo, es hora ya de aceptar que otros sectores también han contribuido con rasgos —gústenos o no— a esa imagen, del carácter nacional, que aún hoy se discute.

El perfil del colonizado, oscilante entre el mundo de representaciones que los intereses metropolitanos le impone, y las representaciones que su interés le propone, no es muy halagador para nuestro orgullo nacional; pero no se puede borrar, es un elemento constituyente de nuestro patrimonio cultural y hay que contar con él, pues nuestra historia, como nuestra literatura, no ha sido el producto del proyecto histórico de una sola clase, sino del conjunto de proyectos que se han trenzado en acciones y reacciones de mutua interdependencia.

Muchos de nuestros escritores han leído los ensayos y la historia de Brau (una historia que él interpretó desde su perspectiva liberal-reformista) y se acepte o no, su influencia es perceptible en la narrativa naturalista y criollista. En el ensayo puertorriqueño puede observarse que tanto Pedreira como Blanco en los años treinta, René Marqués en los cincuenta y José Luis González hoy, por sólo nombrar los ensayistas que más han indagado en nuestro carácter nacional, recuperan algunas de sus imágenes, ya sea para confirmarlas o refutarlas, pero siempre en diálogo con Brau.

Enfocado el asunto de esta manera, consideramos a Brau un escritor típicamente representativo de la ambigüedad y ambivalencia del sector colonizado atrapado entre dos lealtades. Por un lado la que ha interiorizado como patrimonio de sus progenitores:

Allí aprendí a amar a España. El idioma en que hablaba era español; las preces que balbucía, en español las pronunciaba; el Dios que me enseñaron a adorar era el de España, y costumbres y tradiciones y glorias y hazañas españolas impregnaban mi infantil imaginación, despertando el deseo de conocer la tierra portentosa en que tales hechos habían ocurrido. (EEB, p. 5)

Por el otro, la que dicta su desarrollo hacia una entidad independiente.

Pero si el hijo debe respeto, cariño y consideración al padre, el padre debe al hijo amparo, cariño y educación.

Los deberes son mutuos y la correspondencia inevitable. Si el padre tiraniza al hijo, si pervertidos los sentimientos de este y olvidado de su deber, llega a precipitarse en brazos de la agresión y la violencia, por más que no existan leyes humanas que autoricen la rebelión filial, fuerza será juzgar responsable al padre de las funestas consecuencias de semejante situación, que en último resultado, sólo podrá resolverse por medio del perdón y del olvido. (EB, p. 33)

Sin embargo, la realidad insoslayable que culminará en el 1887 lo inclina a canalizar a través de la ironía y el sarcasmo —estrategias verbales— su impotencia ante unas circunstancias que están fuera de su control, situación que Blanco expresara racional y pragmáticamente desde la perspectiva del siglo XX en su *Prontuario histórico*.¹¹

Las características de la isla —presidio militar, limitada extensión de territorio, ausencia de maniguas, propicias a la guerrilla, etc.— no permitieron otra cosa. Tuvimos que encauzar la lucha liberalizante y emancipadora por el terreno jurídico y político; y triunfante la revolución del Sur, continuamos debatiéndonos dentro del seno mismo de las instituciones peninsulares. Proceso evolutivo, paciente, lento, atenido a los vaivenes de la vida metropolitana y a los azares de la política central.

Para Brau, sin embargo, enraizado en el siglo XIX, ligado aún por los lazos familiares a la metrópoli, era ésta una situación angustiosa que su tono, muy a pesar suyo, delataba en sus escritos. De hecho, en su momento, Manuel Fernández Juncos detectó a través de su sensibilidad, esta angustia, pero su condición de peninsular le hace fallar en el diagnóstico al reducirla a mera neurosis personal, cuando era un mal de origen socio-político:

Tiene Brau dos colaboradores forzosos, a los cuales debe cierta desigualdad de humor que nota desde hace algún tiempo en sus trabajos periodísticos. Uno de

11. Tomás Blanco. *Prontuario histórico*, p. 55.

ellos es el hígado, y otro una terrible neuralgia que tiene sus dominios en la misma frente del poeta batallador.

...pero sucede a veces que la dura necesidad le obliga a escribir atormentado por la neuralgia o desazonado por la bilis, y entonces suele ser algo pesimista en la elección de los asuntos, acerbo y hasta irónico en el lenguaje, y acerado y mordaz en la intención. (EB, p. XIV-XV)

Por todo lo anterior, consideramos pertinente releer no sólo a Brau, sino a sus compañeros de generación para encontrar eslabones perdidos o ignorados de nuestra trayectoria cultural.

La literatura del siglo XIX está ahí esperando nuevas lecturas que quizás nos ayuden a entender mejor de dónde venimos, aunque no puedan decirnos hacia dónde vamos.

Edith Fariá Cancel
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras

BIBLIOGRAFIA

- Arce de Vázquez, Margot y Mariana Robles de Cardona. "Veinticinco años del ensayo puertorriqueño (1930-55)" *Asomante*, San Juan, Puerto Rico, enero marzo 1955, XI, no. 1, p. 7-19.
- Belaval, Emilio S. *Problemas de la cultura puertorriqueña*, Puerto Rico, Edit. Cultural, 1977, 96 p.
- Blanco, Tomás. *Prontuario histórico de Puerto Rico*, 2a. ed., Puerto Rico, Biblioteca de autores puertorriqueños, 1943, 159 p.
- Brau, Salvador. "Al que leyere" En: Manuel A. Alonso, *El jíbaro*, Puerto Rico, Edición del Colegio de Hostos, 1949, xxv-219 p.
- _____. *Ecos de la batalla*, Puerto Rico, Imprenta José González Font, 1886, XVIII-282 p.
- _____. *Ensayos (Disquisiciones sociológicas)*, Puerto Rico, Edit. Edil, 1972, 294 p.
- _____. *Historia de Puerto Rico*, New York, D. Appleton y Co., 1904, 312 p.
- _____. *La vuelta al hogar. ¿Pecadora?* Puerto Rico, Edit. Edil, 1975, 238 p.
- _____. *Puerto Rico y su historia*, Puerto Rico, Edit. IV Centenario, 1972, 367 p.

- Cabrera, Francisco Manrique. *Historia de la literatura puertorriqueña*, Nueva York, Las Américas Publishing Co. 1956, 384 p.
- Córdova Landrón, Arturo. Salvador Brau. *Su vida, su obra, su época*, Puerto Rico, Edit. Universitaria, 1949, 152 p.
- Díaz de Fortier, Matilde. *La crítica literaria en Puerto Rico*. Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1980, 430 p.
- Díaz Quiñones, Arcadio. *Conversación con José L. González*, Puerto Rico, Edic. Huracán, 1976, 159 p.
- Fernández Méndez, Eugenio, Introducción En : Salvador Brau, *Puerto Rico y su historia*, Puerto Rico, Edit. IV Centenario, 1972, 367 p.
- Fernández Valledor, Roberto. *Identidad nacional y sociedad en la ensayística cubana y puertorriqueña (1920-1940) Mañach, Marinello, Pedreira y Blanco*, Tesis Ph. D., Universidad de Puerto Rico, 1986.
- González, José Luis. *El país de cuatro pisos y otros ensayos*, Puerto Rico, Edic. Huracán, 1980, 119 p.
- _____. *Literatura y sociedad en Puerto Rico*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976, 246 p.
- _____. *Nueva visita al país de cuatro pisos*, 2a. ed., España, Libros de Flamboyán, 1987, 218 p.
- Marqués, René. *El puertorriqueño dócil y otros ensayos, 1953-1971*, 3a. ed., Puerto Rico, Edit. Antillana, 1977, 306 p.
- Muria, José María. "Salvador Brau y la historia", *Latinoamérica*, México, 1976, no. 9, p. 211-229.
- Olivera, Otto. *La literatura en periódicos y revistas de Puerto Rico, Siglo XIX*, Puerto Rico, UPREX, 1987, 410 p.
- Pedreira, Antonio S. *Bibliografía puertorriqueña 1493-1930*, Madrid, Edit. Hernando, 1932, 707 p.
- _____. *Insularismo*, Puerto Rico, Edit. Edil., 1974, 158 p.
- _____. *El periodismo en Puerto Rico, Bosquejo histórico desde su iniciación hasta el 1930*, Tomo I, La Habana, Imp. Ucar, García y Cía., 1942.
- Pereyra, Carlos et al. *Historia ¿para qué?* 8a. Ed., México, Siglo XXI, 1986, 245 p.
- Quintero Rivera, Angel. *Patricios y plebeyos: burgueses, hacendados, artesanos y obreros. Las relaciones de clase en el Puerto Rico del cambio de siglo*. Puerto Rico, Edic. Huracán, 1988, 332 p.
- _____. *Conflictos de clase y política en Puerto Rico*, 4a. ed., Puerto Rico, Edit. Huracán, 1984, 158 p.
- _____. et al. *Puerto Rico: Identidad nacional y clases sociales* (Coloquio de Princeton), Puerto Rico, Edic. Huracán, 1979, 146 p.

- Real, Cristóbal. *Salvador Brau, estudio biográfico crítico*, San Juan, Talleres Tipográficos, N. Buriel y Cía, 1910, 120 p.
- Revista Puertorriqueña. Literatura, ciencias y arte*. Puerto Rico, 1 de octubre de 1887-1893, Tomo I-VII, Año I-VII.
- Robles de Cardona, Mariana. *Búsqueda y plasmación de nuestra personalidad. Antología crítica del ensayo puertorriqueño desde sus orígenes hasta la Generación del 30*, Puerto Rico, Edit. Club de la Prensa, 1958, 415 p.
- _____. "La sátira y el humanismo en el ensayo puertorriqueño", *Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña*, 1968, XI, no. 38, p. 54-62.
- Tirado Merced, Dulce María, *Las raíces sociales del liberalismo criollo*, El Partido Liberal Reformista, 1870-1875, Tesis, M.A., Universidad de Puerto Rico, 1981.
- Valle Atilas, Francisco del, *Inocencia*, San Juan, Puerto Rico, El asimilista, 1884, 201 p.
- Vallejo Flores, Gloria. *Las revistas literarias puertorriqueñas del siglo XIX*. Tesis, M.A. Universidad de Puerto Rico, 1969, 117 p.
- Zavala, Iris. "Cultura y política en el ensayo puertorriqueño". *Revista del Instituto de Estudios Puertorriqueños del Brooklyn College*, Primavera, 1971, I, no. 1, p. 7-21
- Zavala Iris y Rafael Rodríguez. *Libertad. y crítica en el ensayo político puertorriqueño*, Puerto Rico, Edic. Puerto, 1973, 449 p.